

# MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

---

MACBET:

ACTO TERCERO

---

PRIMER CUADRO

Sala de palacio en la corte de Inglaterra.

ESCENA I

MALCOLMO, EDWINO, MACDUF, DONALDO, emigrados escoceses

MAL. Y bien ¿qué buskais á mi lado? qué puedo compartir con vosotros sinó un destierro que ni siquiera tiene la seguridad de asilo?

EDW. ¿Y porqué no la generosa empresa de revindicar con la espada vuestro derecho? Príncipe, con la

sangre de vuestro padre humea la del mío; venguémoslos ó muramos. (1)

DON. No mantengais ociosa la fidelidad de tantos valientes súbditos, ni la proteccion del magnánimo Eduardo, en cuya corte recobrais los honores debidos á vuestro rango.

MAL. Mas no puedo á vosotros indemnizaros de los que en Escocia perdeis para seguirme. Nada tengo aquí que dar: volved al bienestar y sosiego de vuestras casas.

DON. Sosiego decís, cuando cada aurora que amanece oye allí gemir nuevas viudas, sollozar nuevos huérfanos, subir al cielo nuevos dolores que repercuten en su bóveda!

MAL. Tened pues cuenta con las iras de Macbet, los que allí habeis dejado hijos y esposa. Si el miedo basta para ser imputado á traicion, ¿qué será la fuga? Ya lo sabeis: tan justiciero como precavido, hiere á los sospechosos antes que puedan sincerarse del crimen y acusarle á su vez. Si remató á los aletargados camareros, fué en el transporte de indignacion

---

(1) He juzgado, no solo verosímil, sinó propia del lugar adonde deben llevarle sus ardientes simpatías y oportunísima para el desenlace, la reaparicion del jóven Edwino, que no es personaje para que desaparezca estérilmente del drama. En las dos escenas de este cuadro, que forman en el original la III del acto IV, casi todo merece conservarse, principalmente el característico diálogo del príncipe con Macduf y la violenta conmocion que produce en este el anuncio de la matanza de su familia. Lo que sin escrúpulo suprimo es el incidente que allí atraviesa el autor, refiriendo por boca de un médico inglés la singular virtud de curar lamparones con el contacto solo de la mano, que la creencia popular atribuía á los reyes de Inglaterra, no menos que á los de Francia.

que sintió á vista del crimen; si se ha guardado mi corona es que me deshereda por parricida, y ¿quién sabe si acerca de tí, Edwino, divulga iguales rumores? (1)

MACD. De lo que nosotros creemos, señor, prenda es nuestra venida, y lo que vos debeis creer de nosotros lo dice nuestro rompimiento con el tirano.

MAL. Pero ese tirano, cuyo nombre abrasa la lengua, no hace mucho era tenido por honrado; tú le servías, no te han alcanzado todavía sus golpes, y para obtener la gracia de un dios enojado ¿qué valor no tuviera el sacrificio de un pobre cordero?

MACD. Macduf no es un traidor.

---

(1) Hay al fin del acto III del original, escena VI, una conversacion entre Lénox y otro señor que no tiene nombre, sembrada de finísimas ironías á propósito del hipócrita usurpador. Ya que ha sido imposible conservarla, á menos de no destinar á ella sola un cuadro, puesto que en los presentes no era dado hacerla entrar sin impropiedad, he aprovechado aquí los rasgos mas notables transfiriéndolos de la boca de Lénox á la de Malcolmo, á pesar de lo cual no sé resistir al deseo de traducirlos al pié de la letra: «Solamente digo que es singular lo que ha pasado. Macbet se dolió en gran manera de la suerte del buen Duncano... verdad que había ya muerto. El valiente Banco alargó su paseo hasta muy tarde, y podeis decir, si os agrada, que le mató su hijo, puesto que el hijo huyó: eso de pasear tan tarde, es peligroso. ¿Quién no vé la monstruosa accion de Malcolmo y Donalban, de asesinar á su virtuoso padre? execrable atentado! cómo le indignó á Macbet! ¿No despedazó desde luego en el piadoso arranque de su furor á los dos culpables instrumentos, aprisionados á la vez por el vino y por el sueño? no obró noblemente?... oh! y con no menor discrecion, porque ¿quién, sin salir de quicios, hubiera podido oír á esos hombres negar el hecho? Todo, repito, lo ha manejado perfectamente; y pienso que si tuviera bajo llave á los hijos de Duncano (lo cual no permita el cielo!), sabrían ellos lo que es matar á un padre, y algo de lo mismo pasaría al hijo de Banco. Pero, silencio! que por hablar demasiado y por negarse á asistir al real banquete, oigo que ha caido en desgracia Macduf.»

- MAL. Pero lo es Macbet, y Macbet reina; y cuando un rey ordena, los mas delicados escrúpulos se desvanecen. Perdona; lo que pueda yo pensar de tí nada quita á lo que eres. Hay ángeles que todavía brillan, á pesar de haber caido los mas brillantes. Por apariencias sospechosas la virtud no deja de ser virtud.
- MACD. He perdido toda esperanza.
- MAL. En el punto tal vez donde he encontrado yo mis dudas. ¿Porqué abandonar tan bruscamente y sin despedirte á tu muger y á tus hijos, esos preciosos rehenes, esos vehementes lazos de amor? Ruégote que no tomes á ultraje los recelos que me recomienda mi seguridad: no afirmo que no puedas ser intachable.
- MACD. Desángrate, desángrate, infortunada patria mía. Tu opresion carece de remedio; puede considerarse definitivamente asegurada en tu suelo la tiranía y llevar con enhiesta frente la usurpada diadema, puesto que en los buenos falta valor y concierto para la resistencia. Adios, señor: no querría ser tan miserable como me suponeis por todos los estados que el usurpador domina, con el Oriente y sus tesoros por añadidura.
- MAL. No te ofendas; si así te hablo no es por absoluta desconfianza, que pudiera ser recíproca. ¿Por ventura me conoces mas á fondo de lo que yo te conozco á tí? Dado que el rey de Inglaterra ponga á mi disposicion millares de combatientes, dado que se levante en mi favor la Escocia, dado que me preceda puesta en una pica la cabeza del intruso, todavía

habrán de ser mas crueles los padecimientos de la nacion bajo el cetro del hombre que le suceda.

MACD. ¿De qué hombre hablais?

MAL. De mí. Reconozco todos los vicios arraigados en mi alma; el día en que aparezcan, comparativamente con su negrura los actos de Macbet resaltarán mas blancos que la nieve.

MACD. El infierno no cuenta en sus legiones un demonio mas abominable que Macbet.

MAL. Convengo en que es falso, violento, sensual, codicioso, sanguinario, infecto de cuanto vicio es posible nombrar: mas ¿porqué no confesarlo? mi sed de deleites no tiene límites; vuestras hijas y esposas, matronas y vírgenes, no pudieran llenar el abismo de mi lujuria, y mi pasion derribaría todos los diques que se intentaran oponerle.

EDW. Príncipe!

MACD. Tiranía es el desenfreno de los sentidos, y ha malogrado las dichas de mas de un reinado y perdido á mas de un monarca. Esto no quita que tomeis posesion de lo que os pertenece, y que en el inmenso campo abierto á vuestros deseos podais pasar todavía por sobrio cuando la reflexion y vuestro propio bien os lo aconsejen. Damas complacientes no faltan, que por insaciable que sea el buitre de los apetitos soberano, se presentarán en mayor número del que pueda devorar.

MAL. Hay mas: á mi perversa organizacion se junta tan inextinguible codicia, que si reinase yo, no habría tierra ni castillo ni tesoro tras del cual los ojos no se me fuesen, ni iniquidad ante la cual retro-

cediera para adquirirlo. Con los despojos se me avivaría el hambre, y tan poco segura como la posesion de sus bienes tendrían los nobles la cabeza sobre los hombros.

MACD. Mas hondas que las de la lujuria son verdaderamente las raíces de la avaricia, y muchos tronos han derribado. Tranquilizaos no obstante; con riquezas bastantes para colmar vuestras ansias os brindan los dominios que os pertenecen. Defectos hay que se toleran compensados por eminentes cualidades.

MAL. Es que no tengo ninguna. Las virtudes que sientan bien en los reyes, la justicia, la templanza, la modestia, la piedad, la clemencia, la generosidad, la perseverancia, el valor, la fortaleza, no las amo ni comprendo; en cambio reuno todas las malas inclinaciones en sus diversas formas y matices. La paz me es antipática, y me es tan imposible darla como tenerla.

MACD. Ó Escocia! Escocia!

MAL. Si un hombre así es digno de gobernar, habla: tal soy como digo.

MACD. Digno de gobernar! ni de vivir siquiera. Desgraciada nacion oprimida por un usurpador sanguinario, ¿cuándo has de ver renacidos los días de tu prosperidad, si el legítimo heredero de tu trono por confesion propia no es mas que un mónstruo y blasfema de su estirpe? Tu noble padre era un santo rey; la reina que te llevó en sus entrañas, puesta de rodillas mas amenudo que de pié, moría en espíritu todos los días de su vida. Adios: los

espantosos vicios de que te acusas me destierran para siempre de mi patria. Entierra la esperanza, corazon mío.

MAL. Macduf, ese noble dolor, hijo de tu entereza, borra los negros recelos de mi alma y me acredita tu honor y lealtad. Como el infernal Macbet mas de una vez me ha tendido lazos por semejantes medios, la prudencia me prescribe no abandonarme á una ligera confianza. Entre ambos, desde este momento, solo se interpone Dios; bajo tu direccion me pongo, y retracto cuanto acabo de decir contra mí imputándome vicios extraños á mi naturaleza. Soy todavía desconocido á muger, apenas ansío lo que me pertenece, jamás he perjurado, jamás infringido mi palabra, y no vendería á un demonio por otro. Amo la verdad tanto como la vida, y mi primera mentira es la que me has oido articular contra mí propio. De lo que en realidad soy podeis disponer vosotros y la patria. Diez mil hombres me ofrece el hospitalario rey, dispuestos á ponerse en marcha para Escocia: juntémonos á estos buenos aliados, y con el favor divino corresponda el éxito á la justicia de la causa. Si yo muriere en la demanda, ya lo sabeis, la legitimidad no muere conmigo; en Irlanda vive refugiado mi hermano Donalban, que á propósito separamos los destinos, para que un infortunio comun no extinga á la vez toda esperanza en los buenos.

EDW. Ya lo sabía, señor, que os calumniabais.

MACD. Á ruda prueba nos habeis sometido.

DON. Alguien se acerca: es un compatricio.

## ESCENA II

Dichos y ANGO (1)

MACD. (*Saliéndole al encuentro y abrazándole.*) Bienvenido, primo muy amado!

MAL. Ahora le reconozco. Cesen, gran Dios, las causas que nos mantienen alejados y casi extranjeros mutuamente.

ANG. Así sea, señor.

UN EMIG. ¿Qué ocurre? permanece en su sitio la Escocia?

ANG. Ay! pobre patria! apenas se atreve á mirarse. Ya no podemos llamar *madre* sinó *sepulcro* esa tierra donde no sonrío un sér que tenga la conciencia de sí propio, donde no llaman ya la atención de nadie los ayes y lamentos, donde tocan las fúnebres campanas sin que se pregunte por quien, donde se muere antes de sentirse la enfermedad.

DON. El terror embarga al país.

MAL. Tanto puede el tirano!

ANG. Todo lo puede, menos convertir ya el trono en herencia de familia. Dios le ha arrebatado al hijo único todavía no mancebo; ha reducido á esterilidad la usurpacion. (2)

---

(1) Ross se llama en el texto inglés este interlocutor, al cual solamente por razón del nombre prefiero Ango, que es allí otro de los personajes del drama: ambos señores, igualmente que Caithness, toman el nombre de condados de Escocia.

(2) Como á continuación deplora Macduf que el tirano carezca



- EDW. Justo cielo, que le heriste por sus filos!
- DON. Ya pende solo de una vida la prolongacion de los males públicos, y el yugo cesa de hacerse transmisible.
- ANG. Envidioso y desesperado, desearía, nuevo Herodes, acabar con la prole masculina del reino, y hacer extensiva á todos los padres su triste suerte.
- MACD. ¿Y mis hijos?
- ANG. (*Turbado.*) Bien están.
- MACD. ¿Y mi esposa?
- ANG. Igualmente.
- MACD. ¿No los inquieta el cruel perseguidor?
- ANG. Los he dejado en paz profunda.
- MACD. Sé menos avaro de palabras: buenas son, pero tu acento y tus ojos las desmienten.
- ANG. Tarde ó temprano alguien habrá de desmentirlas; nunca se lo perdonareis al que lo haga.
- MACD. La verdad, toda la verdad.
- ANG. Es horrible.
- MACD. No importa; soy hombre.
- ANG. Fué sorprendido vuestro castillo, vuestra muger y vuestros hijos inhumanamente degollados. Daros pormenores sería añadir á tantas muertes vuestra muerte.
- MAL. Dios de misericordia! (*Á Macduf que permanece inmóvil y mudo.*) Amigo, exhala en palabras tu dolor. El dolor que no habla es indicio de un corazón que rebienta.

---

de hijo en quien pueda él vengar la muerte de los suyos, y constando que lo ha tenido segun la nota puesta en la escena IX del acto II (página 96), supongo acaecida en este intermedio la pérdida del heredero que encrudece el carácter de Macbet.

MACD. ¿Mis hijos tambien?

ANG. Muger, hijos, criados, todo lo que han podido encontrar.

MACD. ¡Y no estar yo allí! ¿Y mi esposa tambien degollada?

ANG. Ya lo he dicho.

MAL. Toma aliento; para curar esta mortal herida, acudamos á la venganza.

MACD. Ah! si no tiene hijo! (1) Todos mis pobres inocentes! has dicho todos?... oh! buitre infernal!.. Y qué! mis pobres niños y su madre ¿todos segados á la vez?

MAL. Haz frente como hombre á esta desgracia.

MACD. Cierto, pero como hombre no puedo prescindir de sentirla. ¿Cómo olvidar la existencia de seres que amé tanto? Culpable Macduf, por causa tuya han perecido todos. Miserable de mí! por mis pecados, y no por los suyos, les ha cogido tan bárbara suerte. Descansen en el seno de Dios!

MAL. Sea esta la piedra en que se aguce el filo de tu espada. Convierte en ira la pena, y que en vez de abatir tu corazon lo irrite hasta la furia.

MACD. Oh! yo pudiera llorar como una muger y desahogarme en impotentes amenazas: pero abreviad toda demora, Dios piadoso, colocadme frente á frente con este demonio de la Escocia, traedle á la distancia de la longitud de mi espada; y si se me escapa, perdonadle vos tambien.

---

(1) Entre los rasgos admirables de la presente escena, llama sobre este la atencion Chateaubriand en su *Ensayo sobre la literatura inglesa*, y comparándolo con un pasaje análogo de los *Horacios* de Corneille, encuentra que no tiene paralelo. Aun cuando no fuese mas que para conservarlo, he creido del caso consignar mas arriba la reciente desgracia sufrida por el intruso: véase la precedente nota.

- MAL. Esto es hablar varonilmente. Acompañadme á ver al rey Eduardo; están aprontadas las fuerzas libertadoras.
- ANG. Á mi partida corría ya la voz de que se acercaban á la frontera. Al eco de sus pisadas brotarán soldados para reunírseles á lo largo del camino, y hasta las mugeres se alistarán para poner fin á tantos males.
- EDW. No falta sinó dar la señal. Macbet está maduro para caer.
- MAL. Consuélate, si es posible, mi fiel Macduf. No hay noche tan larga á la cual no siga el día.

## CUADRO SEGUNDO

Galería en el alcázar de Dunsinane, con dos puertas á la izquierda, una de las cuales comunica con la entrada y la otra dá subida á una torre; á la derecha dormitorio de la reina. Es de noche; alumbra debilmente la escena una lámpara colgada de la bóveda.

## ESCENA III (1)

MÉDICO, CAMARERA

- MÉD. ¿Y se ha repetido ese extraño fenómeno?
- CAM. Todas las noches desde que el rey salió á campaña. Levántase dormida, échase un manto sobre la espalda, toma la lámpara siempre encendida á la cabecera de su lecho, abre la puerta, y dadas por

---

(1) Con esta famosísima escena del sonambulismo de lady Macbet empieza el acto V del original.

- aquí dos ó tres vueltas hablando consigo, se vuelve á la cama.
- MÉD. Esto anuncia gran perturbacion en las funciones vitales: gozar del beneficio del sueño, y obrar como una persona despierta! ¿Y habla decís?
- CAM. Cosas, señor, que no son para repetidas.
- MÉD. Podeis y aun debeis decírmelas.
- CAM. Yo no las diré ni á vos ni á nadie, mientras no haya algun testigo que pueda confirmar mi relato.
- MÉD. ¿Se refieren á la reciente pérdida de su único hijo?
- CAM. Yo no sé si esta desgracia le ha trastornado la razon; lo cierto es que no parece haber dejado huellas en sus palabras ni apenas en su memoria. (1)
- MÉD. Lo que mas hondamente afecta suele ser lo que menos asoma á la superficie.

#### ESCENA IV

Dichos y ELFRIDA, *saliendo por la puerta de la derecha con una lámpara en la mano.*

- CAM. *(Retirándose con el médico á la izquierda.)* Mirad, héla allí que viene. Aunque profundamente dormida, tiene los ojos abiertos.

---

(1) Esta observacion que intercalo vá dirigida á prevenir la extrañeza de no encontrar en boca de la sonámbula rastro siquiera de alusion al fallecimiento del hijo, que en cualquier otra madre hubiera debido sobreponerse á toda pasion y absorber sus facultades; alusion que no me atreviera á añadir en las palabras, por decirlo así, sacramentales del delirio, que todo el mundo sabe de memoria.

MÉD. Sí, pero no vé. ¿Qué hace ahora? deja la lámpara y se restriega las manos.

CAM. Es costumbre que tiene de imitar la acción de una persona que se lava; se lo he visto hacer por espacio de un cuarto de hora seguido.

ELF. (*Sonámbula.*) Qué! siempre esa mancha!

MÉD. Escuchemos; está hablando.

ELF. Vete, mancha maldita! vete, te digo! La una... las dos... ya es hora. Sombrío está el infierno!... Quitá allá, esposo! quita allá! tener miedo un campeón! ¿Qué nos importa que se sepa cuando nadie pueda llamar á cuentas nuestro poder? Pero ¿quién había de pensar que hubiera en ese viejo tanta sangre?

MÉD. Oís?

ELF. Macduf tenía una esposa, ¿dónde está al presente? —¿No he de poder nunca limpiar estas manos?— Bastante hay, señor, bastante hay; todo lo echais á perder con vuestros terrores.

MÉD. Anda, anda: sabe mas aun de lo que declara.

CAM. Y declara mas de lo que conviene.

ELF. Siempre olor de sangre! tan pequeña como es esa mano, todos los perfumes de Arabia no podrían desinfectarla. Oh! oh! oh!

MÉD. Qué suspiro! oprime ese corazón un cruel peso.

CAM. Por todas las grandezas reales no quisiera yo tener en mi seno un corazón así.

MÉD. Esta enfermedad es superior á los recursos de mi arte; he conocido no obstante sonámbulos que han muerto santamente en su lecho.

ELF. Lava tus manos, ponte la ropa, y no estés tan

pálido: te lo repito, Banco está enterrado, no puede salir de su tumba. (1)

MÉD. Y qué!

ELF. Á la cama! á la cama! llaman á la puerta. Vén, vén, vén; dame la mano. Lo que está hecho, no puede deshacerse. Á la cama! á la cama! á la cama!  
(Toma la lámpara y desaparece por la puerta de la derecha.)

## ESCENA V

MÉDICO, CAMARERA y luego MACBET

MÉD. Entreveo horribles revelaciones: los desórdenes naturales proceden de los morales. Á las sordas almohadas confían las conciencias enfermas sus secretos: (2) aquí hay mas necesidad de sacerdote que de médico. Dios nos perdone á todos. Vigilad sus movimientos; poned fuera de su alcance cualquier

---

(1) ¡Cómo se le juntan y confunden en la culpable conciencia todos sus delitos, la muerte de Duncano, la de Banco, la de la familia de Macduf! Y aquel raudal de sangre que durante años y mas años mana inexhausto de las áridas venas de un viejo! y aquella mano cuya fina *pequeñez* no olvida, aun en medio de semejante trastorno, la coquetería de la muger! Lo singular es que su idea dominante es el disimulo que al esposo recomienda, mientras que ella sin apercibirse rasga el velo tan imprudentemente. Admirable Shakespeare!

(2) ¿Encierra acaso esta magnífica frase un argumento en pró del sacramento de la confesion? el epíteto de *sordas*, aplicado á las almohadas ¿no entraña la necesidad de explicarse con quien pueda oír y aliviar? No pidiéramos para nuestros médicos mejor espíritu católico.

objeto que pueda emplear contra sí misma, y no la perdais de vista.

*(Entra Macbet por la puerta principal.)*

CAM. Á estas horas, señor! No os esperábamos. (1)

MAC. Retírate. *(Empieza á amanecer.)*

## ESCENA VI

### MACBET, MÉDICO

MAC. ¿Cómo vá la enferma, doctor?

MÉD. No lo está tanto de cuerpo como de espíritu, poseída de imaginaciones que la perturban y no le consienten descanso.

MAC. Cúrala pues de ese mal, cúrala. ¿Es que no tienes remedios para aliviar los padecimientos del alma, para arrancar de la memoria recuerdos fijos, para borrar del cérebro la marca de profundos dolores, y mediante un elijir de olvido desembarazar el corazón del peso que lo oprime?

MÉD. Esta es incumbencia del paciente, señor.

MAC. En este caso, á los perros la medicina; ¿para qué la quiero? *(Paseándose con agitacion.)* Los señores me abandonan... los hay que se me sublevan. Si puedes tú, doctor, descubrir la dolencia que á mi

---

(1) Mediante la imprevista llegada de Macbet que se retira ante las superiores fuerzas del enemigo, enlázase la actual escena con la siguiente, evitando la interrupcion de ellas, que en el original se advierte, por la II del acto V que nos traslada por breves minutos al campamento de los leales.

reino aflige y restituirle la salud primera, yo haré que todos los ecos repitan tus elogios. ¿No hay ruibarbo, no hay purgante que nos libre de esos ingleses que se nos meten en casa? ¿Ó no has oído hablar de ellos?

MÉD. Precisamente: vuestros preparativos de defensa, señor, nos anuncian su proximidad. (1)

MAC. Puedes reunirte con ellos... para lo que me sirves! Tal vez en sus filas me resultarías mas útil.

MÉD. Mi puesto es allí, señor. (*Señalando y encaminándose á la habitación de la reina.*)

MAC. Como quieras.

## ESCENA VII

### MACBET

Hé aquí el trance decisivo: ó triunfar de una vez ó sucumbir. Asegurar la corona!... ¿y para quién, si no tengo ya hijo que la herede? (2) Todo acaba

---

(1) Hasta aquí el substancioso y naturalísimo coloquio de Macbet con el doctor, tal como está en el original. No sé si habré hecho mal en añadir el desdeñoso sarcasmo de aquel á fin de acentuar mas su impaciencia. En vez de la respuesta que al médico atribuyo para realzar su dignidad, exclama este allí con sinceridad mas vulgar que impropia: «Si llego á verme seguro fuera de Dunsinane, no bastará para hacerme volver aquí toda la ganancia del mundo.»

(2) Esta pérdida indico como causa determinante del hastío desolador que pesa sobre el tirano. Pero la indiferencia por vivir no es la indiferencia por triunfar: así se concilia en un ánimo belicoso la helada desesperacion con la febril actividad. Hé aquí lo que importa hacer sentir en este soliloquio, cuyo fondo pertenece á Shakespeare.



con el soplo de mi existencia, y yo he vivido lo bastante; nada me resta por adquirir ni por gozar. Antes que se truequen en implacables maldiciones salidas del corazón los vanos homenajes que susurra la boca en derredor mío, concluyamos á tiempo. Acabar mas ó menos pronto nada importa; pero lo importante es el modo de acabar. Entre morir espada en mano como rey, ó dejarse coger como fiera en la trampa, la diferencia es enorme: ¿cuál de ambas suertes me reserva el destino?... Siempre esa ansiedad devoradora de indagar lo futuro, á la que he inmolido mi presente!... siempre esa atracción irresistible que me despeña, dando tumbos, en el abismo! (1) Interroguemos una vez mas el siniestro oráculo... (*Llamando al pié de la escalera de la torre.*) Erebo! ministro de Satanás! La atalaya le sirve de cárcel; su vida me responde de sus vaticinios. Bajarás al fin, fatídico buho?

## ESCENA VIII

MACBET, EREBO

MAC. Y bien! ¿qué te han dicho esta noche las estrellas?

EREB. El horóscopo no se desmiente: mantened vuestra

---

(1) Es otra de las claves del drama que conviene no perder de vista. Toda vez creado el personaje de Erebo, juzgo de grande efecto su reaparición en este trance, dando por medio suyo frescura y oportunidad á los dos proféticas garantías con que en el original lisonjean las brujas á Macbet tan anticipadamente. Á Erebo dicta aquí tan favorables auspicios su seguridad personal.

noble intrepidez. No os cuideis de quien murmura ni de quien conspira ni de quien hace armas contra vos.

MAC. ¿Es que no has visto á la luz de la aurora relampaguear en las vecinas alturas las lanzas enemigas?

EREB. No he visto sinó negrear en ellas el secular bosque de Bírnam. Nada temais mientras no veais las encinas marchar en escuadron compacto contra los muros de Dunsinane.

MAC. *(Con alborozo.)* Es decir que jamás será! que es segura mi victoria!

EREB. Tened el valor y la fiereza del leon. No hay hombre nacido de muger que pueda dañaros.

MAC. Ó pronóstico afortunado! yo te lo recompensaré en beneficios sin tasa. *(Hácele una seña para que se retire por donde vino.)*

## ESCENA IX

MACBET y luego SEYTON

MAC. Mi casco, Seyton! mi armadura! date prisa. *(Sale Seyton por la puerta principal.)* ¿No lo sabes, Seyton? Soy invencible.

SEY. Los rebeldes avanzan, señor; están á la vista, mezclados con los execrables ingleses.

MAC. Mientras no avance el bosque de Bírnam, no te dé cuidado.

SEY. Es que el bosque parece puesto en movimiento con las ramas que llevan por delante los soldados, sin

duda para ocultar su número á nuestras avanzadas; es un espectáculo asombroso.

MAC. (*Turbado.*) Ah! mentirosas respuestas! pérfidos equívocos del infierno! No importa: estos muros se burlan de un sitio, y antes de que caigan verán consumirse de hambre y calentura á los sitiadores. Cerrar las puertas á los fugitivos; ahorcar á todo el que tenga miedo. (1) (*Mientras se reviste la armadura.*) Y qué! tú tambien palideces! ¿no sabes que soy invulnerable para todo hombre nacido de muger? (*Óyense ácia la derecha sollozos y gritos de mugeres.*)

### ESCENA X

Dichos y la Camarera *saliendo del cuarto de la reina.*

MAC. ¿Qué alaridos son esos? qué sucede?

CAM. Ah! señor; la reina ha espirado.

---

(1) Exceden los límites del decoro los arranques de cólera á que entrega el autor á su protagonista, olvidando que la desesperacion no es la brutalidad con que injuria y golpea á sus servidores. Véase sino: «Tíznete el demonio, cara de nata! ¿y de dónde sacas ese azoramiento de pato?—Son diez mil...—¿Diez mil, qué? gansos?—Soldados, señor.—Vé á arañarte la cara y á sonrojar tu palidez, mandria. Qué soldados! condenada sea tu alma! esas tus lívidas mejillas sobran para derramar al rededor el espanto.—El ejército inglés, señor.—Quítame allá ese rostro de delante.» Al que le asegura haber visto en movimiento el bosque, «abominable embustero! le dice.—Descargad sobre mí vuestra cólera si no es cierto.—Si mientes, te haré atar al primer árbol hasta que mueras de hambre; si dices la verdad, no me importa que hagas conmigo otro tanto.»

- MAC. Á deshora por cierto. Hubiera debido morir algo mas tarde y aguardar á que tuviese espacio para ocuparme de sus exequias. Tiempo hubo en que un grito me estremecía, en que el anuncio de una desgracia erizaba mis cabellos; hoy nada ya me espanta ni me duele, tan saciado estoy de horrores. Á tí te lo debo, muger; y sin embargo tú tambien á última hora has llegado á probar mis antiguas flaquezas. (1) (*Váse Seyton.*)
- CAM. ¿La sepultaremos con las insignias reales?
- MAC. Sí, reina ha muerto como ansiaba, aunque el título en verdad no vale lo que cuesta: la corona es un dije, la vida una sombra, la historia un cuento sin sentido. Empieza ya á cansarme la luz del sol, y no me pesara de que conmigo se aniquilase el universo.
- SEY. (*Entrando de nuevo.*) Ya están aquí! á las armas, á las armas! (*Óyense clarines y gritería.*)
- MAC. Sí, sí, al combate. Llegaría á serme gravosa la inmortalidad. (2)

---

(1) Añado esta sola línea de oracion fúnebre y la disposicion consiguiente acerca del entierro, que dá pié á las posteriores frases sobre la vanidad de las grandezas humanas. Shakespeare, recordando su profesion aunque punto menos que desconocida en la época de Macbet, compara de esta suerte dichas grandezas á las representaciones teatrales: «La vida no es mas que sombra pasagera; es como un pobre histrion que se revuelve y pavonea en las tablas durante una hora para no volver en seguida á parecer; es la relacion de un idiota llena de estruendo y vacía de sentido.»

(2) Nueva forma del anterior pensamiento que sustituyo á la declamatoria apóstrofe del autor: «soplad, vientos! acude, destruccion!»

## TERCER CUADRO

Campo al pié de los muros de Dunsinane que asoman á la derecha; á la izquierda el ejército sitiador, mezcladas con las banderas de Escocia las de Inglaterra. (1)

## ESCENA XI

MALCOLMO, EDWINO, MACDUF, DONALDO,  
soldados en el fondo.

MAL. Dejémonos de asaltos: harto preciosa es la sangre de mis leales para malgastarla en inútiles proezas. Estos muros se desplomarán por sí al sonido de nuestras trompetas.

EDW. Ved que tropel se escapa por aquel portillo para incorporarse á nuestras filas. Todos abandonan al tirano en cuanto están fuera del alcance de su furor.

DON. No posee cosa que no se indigne de ser suya; despréndesele del cuerpo la mal ajustada púrpura, como el manto de un gigante sobre las espaldas de un enano que lo robara. (2)

---

(1) Júntanse en este cuadro las escenas II, IV, VI y VII del quinto acto original, así como en el anterior la I, III y V. No es ya posible seguir puntualmente, no diré la letra, sinó el orden de los diálogos.

(2) Valentísimas expresiones del autor, recogidas de la escena II!

## ESCENA XII

Dichos y ANGO *por la derecha.*

- ANG. Desde allí se vé desfilan una fúnebre comitiva, y óyense los lamentos de las plañideras: la intrusa reina ya no existe.
- DON. La infernal instigadora de tanto crimen!
- ANG. Añádese que con muerte violenta ha puesto fin á sus días. (1)
- MAL. Y Macbet?
- ANG. Se ha vuelto loco, según unos; otros dicen que es la locura de un valor desesperado.
- MACD. ¿Porqué se esconde pues en su madriguera? Contra los mercenarios que le sostienen no vale la pena de desembainar el acero.
- MAL. Amigos y adversarios son súbditos míos, y dignísimos aliados los que no lo son. Para economizar las vidas de los inocentes y no robar al justo castigo las de los grandes culpables, vamos á concertar con el bravo caudillo inglés el plan de ataque. (*Se repliegan ácia la izquierda, alejándose con ellos los soldados.*)

---

(1) Al fin del drama inglés se menciona este rumor, dejando en duda, como de propósito, si es mera hablilla ó noticia segura.

## ESCENA XIII

MACBET *saliendo del castillo seguido de un grupo de combatientes.*

¿Porqué he de parodiar insensatamente á un héroe romano, dándome la muerte á mí mismo? Mientras tenga vivos por delante, mas quiero matar que morir. (1) (*Gritando ácia la izquierda.*) ¿No habrá entre esos prófugos escoceses, entre esos ingleses afeminados, quien se atreva á medir sus armas con las mías? Ventilemos en singular combate la querrela como nuestros gloriosos paladines.

## ESCENA XIV

MACBET, MACDUF, EDWINO

MACD. Aquí estoy, mónstruo infernal; vuelve la cara.

MAC. Retírate, tú eres el único á quien evito; harta sangre tuya pesa ya sobre mi alma. (2)

MACD. Te necesito, tirano: si sucumbieses bajo otra espada

---

(1) Esta alusion de Macbet á la historia romana no me parece tan inverosímil como otras, á causa de la tradicion que podía conservar en Escocia los recuerdos de aquella desde las luchas del Imperio con los Pictos. Son de Shakespeare, no hay que decirlo, esas dos líneas de monólogo. *Epicúreos* ó *regalones* llama á los ingleses en otra parte, y debían parecérsele á los rudos escoceses.

(2) Aun alienta en Macbet la conciencia.

que la mía, continuaran acosándome las sombras de mi muger y de mis hijos.

MAC. Me río de las espadas; búrlome de armas blandidas por hombres nacidos de muger: un encanto me escuda contra todos.

EDW. Yo no nací, yo fuí extraído antes de tiempo de las entrañas maternas. Gracias, ó cielo, que le reservas á mi venganza! En guardia, asesino de mi padre. (1)

MAC. Ah! el hijo de Banco! el ascendiente de una futura dinastía! Los oráculos del abismo son infalibles, aunque engañosas sus palabras. (*Volviéndose á sus seguidores*) Que muera el pérfido astrólogo. El vigor me abandona; jóven, yo no combatiré contra tí. (2)

EDW. Ríndete, pues, cobarde, y vive para ludibrio de la plebe y para escabel de las plantas del rey legítimo.

MAC. Yo rendirme! no has de arrancarme la corona sinó con la cabeza. Luchemos hasta morir, y condenado sea el primero que diga *basta*. (*Á Malcolm que se acerca por la izquierda.*) Malcolm, guarde Dios tu descendencia de la de Banco. (3) (*Desaparece por la derecha peleando con Edwino, sostenidos por guerreros de ambas partes.*)

---

(1) Recoge el mancebo la profecía en que funda el tirano su seguridad; comprende y se aplica el destino que le está sobrehumanamente reservado, y se dispone á cumplirlo. Macduf se retira para abrir paso al hijo de Banco: me atrevo á creer que el autor mismo asentiría á esta sustitucion.

(2) El valor, á medida que crece en Edwino, desampara á Macbet; temores y esperanzas todo se combina en contra suya, y hasta el borde del abismo no cae de sus ojos el engaño. Solo la ciega desesperacion podrá galvanizarle con un resto de instintiva fuerza.

(3) Sobre esta maquiavélica insinuacion y la respuesta de Malcolm, véase el final de las siguientes observaciones.



## ESCENA XV

MALCOLMO, MACDUF, ANGO, DONALDO

- MAL. Las traiciones acaban en Macbet; ya no veo al rededor mío sinó leales. Acudid, salvad al valiente mancebo; ¿cómo ha de resistir á la embestida de ese oso desesperado?
- MACD. Le he cedido el puesto porque venga á un padre. El segundo lugar no hay quien me lo dispute.
- DON. Ya no es menester. El usurpador ha venido al suelo, desplomado como una encina.

## ESCENA XVI

Dichos y EDWINO *con la espada sangrienta.*

- EDW. (*Deponiendo la espada.*) Á vuestras plantas, señor.
- MAL. (*Abrazándole.*) No, á mis brazos, hermano mío de armas.
- ANG. Sobre la muralla ondea al viento ya vuestra bandera.
- MACD. Murió el tirano; viva el rey de Escocia.

FIN

## OBSERVACIONES

## AL TERCER ACTO

Tambien ha sido forzoso dividir en cuadros este acto tercero, ¿y cómo no, si la accion se traslada, no solo de uno á otro punto, sinó de un reino á otro, de Escocia á Inglaterra, donde bajo el amparo del piadoso rey Eduardo el *confesor* se prepara la restauracion del legítimo príncipe con los enjambres de emigrados que diariamente pasan la frontera, huyendo de la usurpacion y de la tiranía? En el calor con que habla Shakespeare por boca de los leales, aparte de la propiedad dramática que se lo dicta, se trasluce la inspiracion de sus naturales sentimientos, que á juzgar por este y por otros pasajes de sus obras, le hubieran llevado seguramente, si se hubiese prolongado su vida treinta ó cuarenta años mas, no á las filas de los sombríos secuaces de Cromwell, sinó á las de los caballerescos defensores del infortunado Carlos I. Hace simpático á Malcolmo, pero desconfiado á fuerza de asechanzas y peligros; y es de suma originalidad y de grande efecto, aunque recargado quizá, el recurso con que, suponiéndose plagado de toda suerte de vicios, pone el príncipe á dura prueba la fidelidad de Macduf. Á su lado coloco en primer lugar al hijo de Banco, á quien no sé por qué motivo, desde que escapó de los asesinos, ya no vuelve á presentar ni á mentar el autor, siendo así que

por los altos destinos á él guardados y por la venganza que le incumbe de su padre, parece predestinado, harto mejor que Macduf, á la insigne honra de vencedor del intruso, y por consiguiente á la prerogativa de no haber nacido sinó extraído del vientre materno, á que el horóscopo la vincula. En segundo término figuran los ya conocidos Macduf y Donaldo, y Ango que llega de refresco con el triste mensaje para su primo, dando lugar á una desgarradora escena, donde para trazar en Macduf un dolor digno de tal catástrofe, es de admirar lo sobrio cuanto certero de las pinceladas: de pronto la mudez del asombro, luego el borboton de preguntas casi incrédulas de la horrible realidad, las reconvenciones á sí propio, la piadosa oracion mezclada con el concentrado grito de furor.

Esta cruel matanza, de tan patético efecto en su relato, juzgo de sobra presentarla en escena, como lo hace Shakespeare en la II de su IV acto, y por cierto que con notoria frialdad, introduciendo exclusivamente para el objeto dos personas mas: lady Macduf sin nombre propio como la esposa de Macbet, y un hijo no se sabe si niño ó adulto, puesto que en conversacion tirada con su madre suelta gracias harto maliciosas para la primera edad y harto infantiles para la segunda. En muestra de ellas y á fin de justificar una supresion que acaso se me reprenda, pongo á continuacion un extracto del aludido coloquio. «Y ahora, muerto tu padre, ¿qué vá á ser de tí, hijo mío? cómo has de vivir?—Como los pájaros, madre.—Con insectos y moscas?—Con lo que encuentre como ellos.—¿Y no temes, pobre avecilla, ni redes ni liga ni trampa?—¿Y porqué temerlos, madre? no es á los pajaritos á quienes se arman tales lazos.—¿Qué harás sin padre?—¿Y vos sin marido?—Veinte puedo

comprar en cualquier mercado.—Entonces será para revenderlos... ¿Y qué cosa es un traidor? dice mas adelante el rapaz.—El que infringe sus juramentos.—¿Y todos los que esto hacen son traidores?—Todos, y merecen ser ahorcados.—¿Y quién ha de ahorcarlos?—La gente honrada.—Necios son entonces los traidores y perjuros, pues siendo mas en número que los hombres de bien, pudieran ahorcar á estos en vez de dejarse ahorcar.—Ah! no tienes padre!—Si de veras hubiese muerto, vos le llorariais; y si no le lloraseis, señal de que pronto iba yo á tener un padre nuevo.» Llega en esto un aviso, tardío por desgracia, y en pós de él los asesinos que en un minuto dan brutalmente cuenta del precoz *hómunculo* y de la dama. Juzgue ahora cualquiera desapasionadamente si esto merece la pena de aumentar un cuadro y dos interlocutores, que luego hay que retirar cadáveres.

Tampoco en este acto hace referencia alguna el autor al temprano fin del hijo de Macbet, aparte de la expresiva exclamacion que en boca de Macduf pone: *no tiene hijo*. Las he distribuido pues de mi cuenta en cuantos pasajes me ha parecido conveniente y hasta indispensable, en la escena II, en la III, en la VII, con toda la sobriedad posible, solamente lo bastante para señalar las consecuencias del acontecimiento, que es el natural y mas duro castigo de una culpable ambicion.

Desde que empieza el cuadro segundo, marcha la accion con singular rapidez ácia su desenlace, si tal puede llamarse un final que nada tiene de imprevisto. Es harto frecuente en el dramático enredo confundir el interés con la sorpresa; en cuyo caso pronto cesaría aquel y ni siquiera cabría drama, desde luego que se adivina, y esto muy temprano, que á la perpetracion del crimen ha de seguir en proporcion

lo solemne del escarmiento. Convendré en que este último acto declina con el astro de Macbet, y que en él se echa de ménos aquella vigorosa trabazon y creciente horror del primero, igualmente que los grandiosos efectos del segundo; pero las escenas del presente no valen ménos cada una de por sí, y la del sonambulismo, breve, desnuda de aparato, puede sostener competencia con la del regicidio, con la de la evocacion de las sombras, con la del espectro de Banco. Sin ella estoy por decir que pecaría de inmoral la indemnidad hasta aquí concedida á aquella satánica muger de las torturas de la conciencia, que al fin la alcanzan y la someten á la expiacion general con un rigor patentizado por la misma acerbidad de los sarcasmos con que se burla de las de su cómplice. Completan la leccion los atinadísimos comentarios de la camarera y del médico, las explicaciones de este con Macbet, y los casi desapercibidos funerales de la pretendida reina que ya no logran turbar la insensibilidad de su esposo.

Del supersticioso al par que suspicaz carácter del protagonista y de su impaciente afan por conocer el porvenir, he considerado muy propio el encierro del astrólogo en la torre, como consultor á la vez que como prisionero; y de este modo resultan mas graduales y oportunas las predicciones que en el original se emiten por junto dentro de la caverna mágica, así las que infunden recelos, como las que aduermen en mentida seguridad. Estas últimas son las que á Erebo interesa por el momento avivar, aunque á continuacion hayan de verse desmentidas ó mas bien explicadas en daño del crédulo usurpador. El valor de este sin embargo no mengua con sus esperanzas; reconoce la certeza á la vez que la ambigüedad de esos infernales oráculos,

y manda castigar su postrer desengaño con la muerte del pérfido astrólogo.

Sin violencia y hasta sin grande esfuerzo he logrado, si no me forjo ilusión, juntar en dos grupos, separándolos uno de otro, las escenas del interior del castillo y las del campamento sitiador, que en el original alternan con no escasa fatiga del público é incesante movimiento de bastidores: forman aquellas el segundo cuadro, estas el tercero. Poner á vista de los interlocutores la desercion de los sitiados y el duelo por la difunta reina, lo conceptúo hartomas dramático que referirlo, mientras que por el contrario se presta mejor á ser oída con espanto de Macbet, que representada en sí misma, la marcha de la selva ambulante, ó sea del ejército encubierto con las ramas. Propia de un buen príncipe he considerado la solicitud con que atiende Malcolmo á economizar el derramamiento de sangre y á olvidar las diferencias entre adversarios y amigos, entre súbditos y aliados: pero conceptúo episódicos, y por consiguiente de sobra, al caudillo inglés Siwardo y á su jóven hijo, inmolado en rudo combate á manos de Macbet. Dignas son las palabras del noble padre, al preguntar si recibió de frente las heridas, y al desear una muerte igual para toda su prole «aun cuando excediera en número á sus cabellos;» y sin embargo, la mira de simplificar y despejar la accion reclama en mi dictámen el sacrificio de estas simpáticas figuras. Hartas hay en primera línea con las de Macduf y Edwino, á quien no se me censurará que confíe, con preferencia al primero, el papel de vengador como ascendiente de la futura dinastía, al par que como hijo de la mas ilustre víctima del tirano; y así se lo hago reconocer al mismo Macduf: «le he cedido el puesto porque venga á un padre; el segundo

lugar no hay quien me lo dispute.» Las grandezas pronosticadas al mancebo impulsan á Macbet á arrancarse del corazón, antes de morir, la acerada flecha de los recelos, para clavársela á su triunfante competidor, sembrando entre ambos jóvenes la cizaña: «Malcolmo, guarde Dios tu descendencia de la de Banco.» Á lo cual contesta con noble confianza el príncipe: «las traiciones acaban en Macbet; ya no veo al rededor mío sinó leales.» ¿Merecerán perdon tan audaces pinceladas?

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

## LA SORTIJA

(CAPÍTULO DE UN CUENTO)

Don Luis de Navalcarnero,  
apeándose de un coche  
de alquiler, entró una noche  
en casa de su joyero.  
Sacó, tétrico el semblante,  
un estuche del bolsillo,  
y del estuche un anillo  
con un hermoso diamante.  
Y en los blandos almohadones  
de un camarín que amenudo  
era confidente mudo  
de ocultas revelaciones;  
hablaron de esta manera  
con intervalos de tos,  
pues sobrevino á los dos  
un poco de carraspera:  
—Maestro, un plazo fatal  
me hace vender, sin respiro,



este diamante...

—¡Qué miro!

¿No es el anillo nupcial?

—Cierto; y por ello es preciso  
que eternamente lo ignore  
mi muger, y yo deploro  
á solas mi compromiso.

La bursátil epidemia,  
como todos, padecí:  
jugué, deliré, perdí,  
y el acreedor me apremia.

Peces en plácido mar,  
vivero de la fortuna,  
no sé que funesta luna  
vino sobre él á brillar,  
que el pez grande y el enteco,  
de los fondos al reflujo,  
tanto el agua se redujo,  
que nos quedamos en seco...

Salvadme sin dilación  
del abismo que me arredra.

—¿Cómo?

—Trocando esta piedra  
por otra... de imitación.  
Así evito un cataclismo  
allegando algun dinero,  
y este anillo que venero  
sigue pareciendo el mismo;  
sin que nunca la carcoma  
de una sospecha crüel  
turbe el corazón sin hiel

de aquella tierna paloma.

El artesano repuso:

—Soy su humilde servidor,  
mas perdone, si el honor  
de complacerle rehusó.

Hace el arte maravillas,  
mas se conoce al instante  
si es legítimo un diamante  
ó si es de mentirijillas.

—Por Dios que no presumí  
semejante desengaño  
cuando á V. como á mi paño  
de lágrimas acudí...

El joyero no cedía,  
mas, poniéndole en un potro,  
le iba mareando el otro  
con tan vehemente porfía,  
que faltando con dolor  
á un sagrado juramento,  
exclamó al fin, sin aliento:

—¡La piedra es falsa, señor!

—¡Cómo falsa! Diez mil reales  
dí por ella.

—No lo dudo,  
pero otra persona pudo  
tener apuros iguales:  
quiero decir que está hecho  
lo que V. me pide ahora.

—¿Quién se atrevió?...

—Su señora.

. . . . .

Sale Don Luis con el pecho  
ardiendo como una brasa;  
pregunta el cochero:—¿Á dónde  
guio?

—Al Infierno, responde,—  
y le condujo á su casa.

JUAN ALCOVER.

---

## L' AMOR DE PATRIA (\*)

---

—Senyor, digué l' amor patri,  
totduna que fonch creat:  
¿quins serán los meus dominis?  
lo meu regne ¿quin será?  
y el Senyor li vá respondrer:  
—Dominis per tú ben grats  
han d'esser les riques terres  
que jo 't vull encomanar.  
Son parlar será l' idioma  
dels trobadors y joglars;  
les cansons més inspirades  
ab ell escrites serán.  
Axí son anomenades:  
Valencia la més l' eal,  
Catalunya la més rica,  
y les illes de l' embat,  
Menorca, Ibiza y Mallorca,  
les tres perles de la mar,  
que dels reys en les corones

---

(\*) Llegida en la vetlada inaugural de la Societat *Centro Balear* establerta darrerament á Barcelona.

de més belles no n' hi há.  
Cada fill d' aquexes terres  
té dins son cor un altar,  
y per tú de nit y día  
sempre encens hi fá cremar.  
Mes entre 'ls nobles afectes  
que l's fan ben volguts y honrats,  
has d' esser tú, amor de pátria,  
lo qui més son pit escalf.  
Á n' el cel que les esguarda  
los estels son més brillants;  
y un n' hi llúhu cada vetlada  
més viu sempre y més llampant.  
Entre totes les estrelles  
qu' il-luminan son cel blau  
tú serás, amor de pátria,  
la que més hi brillará,  
y voltros fills de les illes  
enamorades del mar,  
qu' ab lo seu nom y bandera  
are tots vos aplegau  
dins la rica Barcelona,  
aquesta noble ciutat  
per més lligar l' armonía  
que reyna entre bons germans;  
Mallorca, Ibiza y Menorca,  
les tres illes Balears,  
de quant fasseu per sa gloria  
be grat vos ne sentirán.

ANTONI M. PENYA.

Barcelona 1.<sup>er</sup> Març de 1885.

## EL SÁBADO DE LA ALDEA

---

(TRADUCCIÓN DE GIÁCOMO LEOPARDI)

Cuando la luz declina,  
la gentil campesina  
regresa al pueblo atravesando el llano,  
el haz de yerba al hombro, y en la mano  
gayas flores que apresta  
para adornar en la futura fiesta  
la cabeza y el pecho.

En corro de vecinas  
y en el portal estrecho  
siéntase para hilar la vieja abueña,  
que sus años consuela  
con el cuento de historias peregrinas,  
cuando en las tardes del domingo, ornada,  
fresca y de pies ligeros,  
bailaba con los mozos, compañeros  
de la época feliz de sus amores.

Ya la luz sus fulgores  
apaga, y densas sombras

declinan de los techos y collados  
al vago albor de la naciente luna;  
ya el esquilón pregona el nuevo día,  
y si el contento á su lenguaje aduna  
parece que á su voz se ensancha el alma;  
ya fuerte algarabía  
mueve el turbión de niños y muchachos  
en la plazuela; ya, silbando, el mozo  
á la modesta mesa  
desde el taller regresa,  
y espera un día de cumplido gozo.

Cuando se ha extinguido  
todo vago ruído,  
oigo distinto y claro  
el golpe del martillo que se afana,  
á débil luz, en la cerrada tienda,  
para acabar la obra  
antes que el alba nuevo sol encienda.

El día séptimo es supremo día  
que alienta la esperanza y la alegría.  
Mañana honda amargura  
señalará el reloj con grave paso;  
y la usada labor, constante y dura,  
cada cual, para sí, recuerde acaso.

- Chiquillo bullicioso,  
esta tu edad florida  
es como un día de esperanzas lleno;  
día claro, sereno,  
que precede á la fiesta de tu vida.

Goza, hijo mío; que aunque tú esperances  
otros anhelos, la estación hermosa  
de tu existencia, es ésta.

Nada más te diré; pero tu fiesta,  
aunque tarde la alcances,  
no sea nunca para ti enojosa.

J. L. ESTELRICH.

Febrero, 1885.